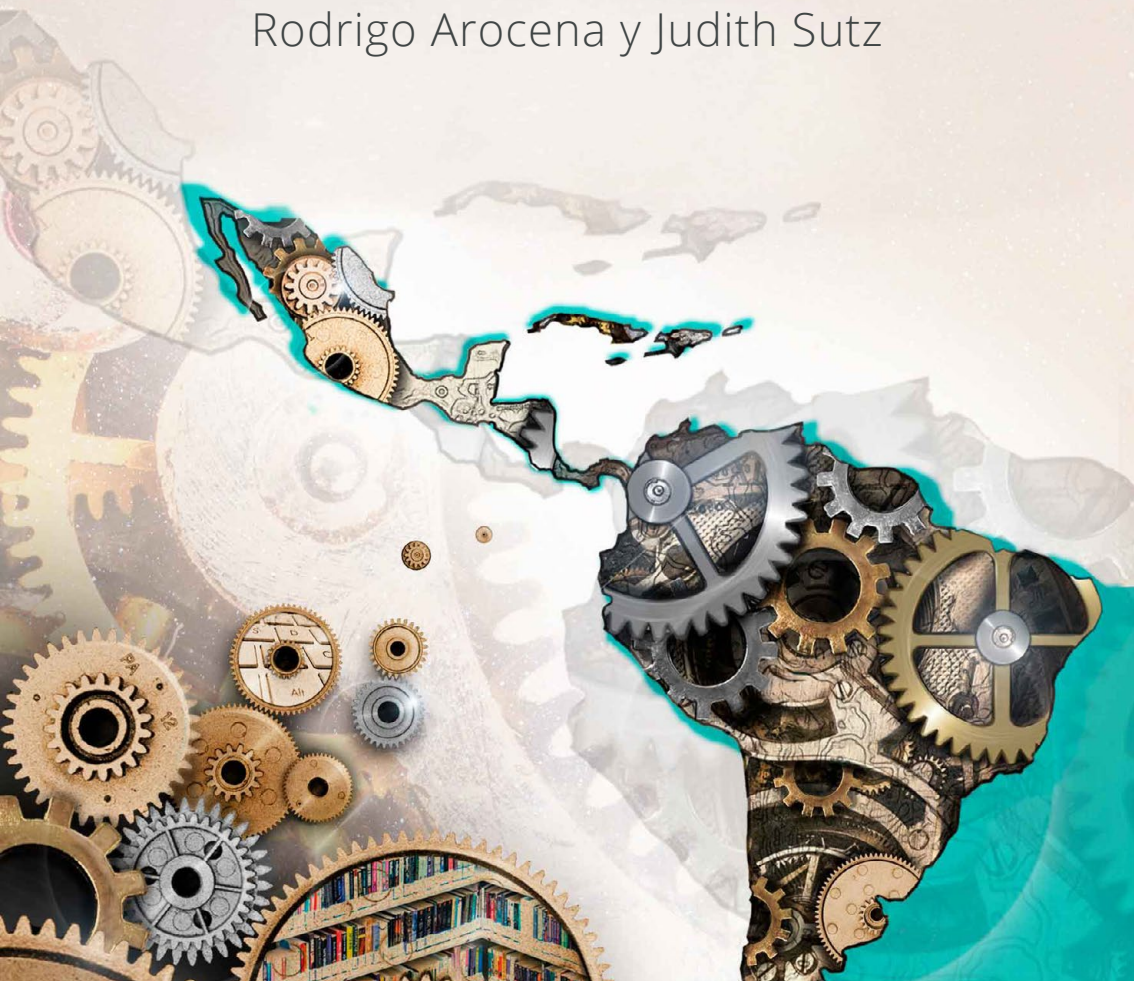


13

Cuadernos de Universidades

El ideal latinoamericano de universidad y la realidad del siglo XXI

Rodrigo Arocena y Judith Sutz





13

Cuadernos de
Universidades

Rodrigo Arocena y Judith Sutz

**El ideal latinoamericano
de universidad y la realidad del
siglo XXI**



Arocena, Rodrigo
Sutz, Judith
El ideal latinoamericano de universidad
y la realidad del SIGLO XXI
En Cuadernos de Universidades. – No. 13 (2021).
Ciudad de México: Unión de Universidades de América
Latina y el Caribe, 2021.
ISBN de la colección 978-607-8066-35-3

62pp.
Ficha catalográfica del título de la serie:
Cuadernos Universidades
México: UDUAL, 2021

Primera edición: 2021

D.R. Unión de Universidades de América Latina y el Caribe, A.C.
Centro Cultural Tlatelolco
Ricardo Flores Magón No. 1 - piso 9
Col. Nonoalco Tlatelolco
Alcaldía Cuauhtémoc
Ciudad de México

ISBN de la colección: 978-607-8066-35-3
ISBN: 978-607-8066-71-1

Coordinación editorial: Praxedis Razo
Corrección de estilo: Vania B. Castellanos Contreras
Diseño y diagramación: Beatriz Selene Sánchez Bailón
Portada y contraportada: Antonio López Sandoval
Página 8 Foto de Andrea Piacquadio en Pexels
Página 14 Foto de Guilherme Rossi en Pexels
Página 54 Foto de Olga Lioncat en Pexels

Contenido

Semblanzas	7
Resumen	9
1.La tradición como fuente de inspiración	15
2.El conocimiento en las realidades del poder	21
<i>Una gran mutación</i>	22
<i>El modelo dominante de universidad</i>	23
<i>Sobre el papel del Estado</i>	26
<i>Acerca de las dinámicas internas de la vida académica</i>	28
3.Transiciones deseables y transiciones probables	31
<i>La tensión decisiva</i>	32
<i>Hacia una transformación de sociedad</i>	36

4.En tiempos de pandemia	41
<i>Experiencias de innovación basada en investigación avanzada en condiciones de escasez</i>	41
<i>¿Una nueva hora latinoamericana?</i>	45
Una estrategia prioritaria	47
<i>Las universidades en los diversos niveles del accionar social</i>	50
5.Recapitulación	55
Referencias	57

Semblanzas

Rodrigo Arocena

Licenciado y Doctor en Matemática y Doctor en Estudios del Desarrollo por la Universidad Central de Venezuela. En Uruguay fue Profesor Titular y Rector de la Universidad de la República (2006-2014) y es Doctor Honoris Causa de la Facultad de Ciencias, miembro de la Academia Nacional de Ciencias e Investigador Nivel III del Sistema Nacional de Investigadores.

Judith Sutz

Ingeniera Electricista y Magister en Planificación del Desarrollo por la Universidad Central de Venezuela y Doctora en Socioeconomía del Desarrollo por la Universidad de París I. En Uruguay es Profesora Titular y Coordinadora Académica de la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República, integrante de la Academia Nacional de Ciencias e Investigadora Nivel III del Sistema Nacional de Investigadores.



Resumen

América Latina cuenta con una tradición universitaria cuya originalidad es fruto ante todo del movimiento latinoamericano de la Reforma Universitaria, iniciado durante 1918, en Córdoba, Argentina, que pronto se insertó en una vasta lucha de alcance continental contra la dominación oligárquica. El movimiento afirmó su raigambre en una región del mundo periférico y evidenció un carácter frecuentemente contestatario. Más allá de los avatares de la historia, fue protagonista decisivo en la forja de un ideal de universidad socialmente comprometida, que tuvo no pocos impactos en la realidad y todavía muestra cierto potencial inspirador.

Pero las dinámicas del poder a escala global lo van desdibujando aceleradamente. La combinación del conocimiento científico y tecnológico de punta con las relaciones sociales capitalistas sostiene la dominación de los países centrales –nuevos y sobre todo viejos– que constituyen “el Norte”. Las vías actuales de disputa por la hegemonía mundial oponen alternativas políticas e ideológicas diferentes dentro del marco general del capitalismo que se basa cada vez más en el conocimiento. Ese contexto impulsa valores e instituciones dentro del mundo académico que van siendo adoptados también en las periferias y poco tienen que ver con el compromiso social de la educación superior.

La conversión del capitalismo industrial en (variantes de) el capitalismo basado en el conocimiento ha trastocado al mundo. La producción volvió a multiplicarse y se diversificó más que

nunca; el incremento y la diversificación del consumo parecen todavía más notables. Mucha gente accedió a bienes y servicios que le habían sido ajenos; la industrialización de algunas regiones y la industrialización de algunas regiones y la desindustrialización de otras alteraron en profundidad las relaciones sociales. Los conflictos se acentuaron por viejas y nuevas formas de marginación y segmentación, así como por la creciente evidencia acerca de las históricamente excepcionales condiciones de vida de minorías incluso muy amplias; el avance material en regiones muy pobladas –y hasta hace poco misérrimas– disminuyó la desigualdad en términos globales al tiempo que aumentaba al interior de casi todas las regiones, en buena medida debido a las formas prevalentes de generar y usar el conocimiento.

Sin desmedro de la relevancia de lo recién anotado, lo más gravitante de la historia reciente es la aceleración de la degradación ambiental. Esta ya afecta a la economía, como se hace notorio cuando se considera no solo lo que se produce sino lo que se destruye en materia de recursos naturales. La contaminación se refleja negativamente en la salud de no poca gente. Y la variabilidad climática multiplica los perjuicios ligados a eventos extremos –olas de calor e incendios, sequías e inundaciones, huracanes y afines–. Una transformación catastrófica en las condiciones de vida de la humanidad ha llegado a ser posible y probablemente ya esté muy avanzada. Si el proceso se afirma, es difícil que las estructuras de poder económico, político e ideológico no experimenten cambios mayores.

Cabe temer que la pandemia oscurezca aún más el panorama. A medida que se vayan restableciendo las actividades económicas usuales, las carencias y demandas acumuladas impulsarán fuertemente el aligeramiento de las reglamentaciones ambientales y, en general, la postergación de los asuntos vinculados en aras a la más rápida recuperación de la producción. La problemática sanitaria y social desencadenada en 2020 ha afectado, en conjunto, más a los ya

desfavorecidos, agravando la desigualdad y, en especial, la vinculada al poder del conocimiento, como la cuestión de las vacunas ha hecho evidente. Junto a los dos desafíos mayúsculos de la insustentabilidad ambiental y la desigualdad social, podría agravarse también un tercero que viene cobrando forma desde hace ya varios años: la fragilización de la democracia. La están alimentando las tensiones y los sufrimientos que la pandemia viene ocasionando. Las respuestas gubernamentales, netas o más bien titubeantes, muestran ya un reforzamiento del autoritarismo junto a significativas variaciones respecto a las estrategias predominantes durante un buen tiempo.

Así, por debajo de lo que aparece ante todo como una aceleración del curso hacia la crisis, emergen indicios que apuntan en otra dirección. Entre ellos figuran la revalorización de lo público y en especial del accionar estatal, menor credulidad en las virtudes regenerativas del libre funcionamiento de los mercados, mayor atención a problemas sociales despreciados por las ideologías dominantes durante el auge de la globalización. Aquí corresponde destacar un aspecto que, si bien es menor en la perspectiva del mundo en su conjunto, puede llegar a tener relevancia mayor para el tema de este ensayo. En diversos lugares de América Latina y el Caribe, las contribuciones de las universidades públicas para enfrentar la pandemia pusieron de manifiesto una notable combinación de capacidad innovativa y compromiso social que, conjeturamos, ha generado una apreciación ciudadana probablemente sin parangón en la historia de la región.

Corroborar tamaña conjetura requerirá tiempo y esfuerzos múltiples. Supongamos provisionalmente que los hechos brindan algún respaldo; en ese entendido, podríamos llegar a contemplar un fenómeno mayor: la revitalización del ideal latinoamericano de universidad socialmente comprometida en medio de una crisis sin precedentes en la historia del último siglo. A su vez, la repercusión

de ello en la población y, eventualmente, en ciertos ámbitos de la política, podría contribuir a hacer del conocimiento avanzado y la educación superior en América Latina y el Caribe herramientas fuertes para el manejo mejor y relativamente autónomo del triple flagelo de la insustentabilidad ambiental, la desigualdad social y el descaecimiento de la democracia.

Que tal escenario esperanzador llegue a tener algún parecido con la realidad será, en el mejor de los casos, altamente difícil. Conveniría que las universidades contribuyan, en lo que está a su alcance, a allanar algunas de esas dificultades. Al respecto, dos observaciones vienen a cuento.

Por un lado, en el debilitamiento del ideal latinoamericano de universidad han incidido no solo relaciones globales de poder, sino también dinámicas propias de la educación superior de la región, entre las cuales es menester subrayar el conservatismo autosatisfecho que a menudo ha sido la tónica predominante en nuestras casas de estudio. Lo que lleva directamente a destacar que, por otro lado, aquel ideal podrá revitalizarse solo si sus planteos y sus propuestas son profundamente reformuladas a tono con las exigencias de estos tiempos, tan difíciles y tan distintos de aquellos en los que vio la luz el movimiento latinoamericano de la reforma universitaria.

Una reformulación de semejante calibre es imprescindible pero insuficiente. La renovación programática en la educación superior, para tener viabilidad, debe confluir con las esperanzas y las aspiraciones legítimas de grupos significativos dentro y, sobre todo, fuera de las universidades. En ese sentido, dicha renovación tendría que insertarse en un haz de nuevos proyectos alternativos, capaces de pelear el predominio abierto o encubierto del neoliberalismo en el mundo de las ideas y de la política. La comprensión de que la humanidad se asoma a riesgos sin precedentes y además, ahora, las conmociones múltiples generadas por la pandemia pueden poner

en entredicho ese largo predominio. Quizás se abran espacios para transformaciones solidarias. En ellas podría encontrar terreno propicio para su revitalización el ideal latinoamericano de universidad, como ayer lo encontró para su surgimiento en la oposición a la dominación oligárquica y en los esfuerzos en pro de un desarrollo autónomo. Esa similitud podría hacerse más honda y relevante si un nuevo ciclo de reformas universitarias inspiradas en aquel ideal aportara propuestas en el terreno del conocimiento y la educación menos débiles que las hasta ahora esgrimidas por las corrientes sociales y políticas enfrentadas al neoliberalismo.

En este ensayo que presentamos a los *Cuadernos* de la UDUAL, intentamos elaborar las ideas bosquejadas en los párrafos precedentes. Incluimos algunos ejemplos tomados de la experiencia reciente de la Universidad de la República en Uruguay que, sin desmedro de su carácter limitado, sintonizan según lo sospechamos con un vasto fenómeno: el florecimiento múltiple en las universidades de la región de contribuciones al enfrentamiento a la pandemia en sus diversas dimensiones. Prestamos cierta atención a la elaboración de criterios para la transformación solidaria de la educación superior cuando el tiempo del mundo lo reclama. Confiamos en el papel protagónico de América Latina y el Caribe en las instancias formales de discusión que al respecto puedan abrirse. Para nuestro trabajo teórico y práctico de larga data en esta temática, fue un gran estímulo que la UDUAL distinguiera y publicara nuestro estudio *La universidad latinoamericana del futuro* (Arocena y Sutz, 2001). Quizás una nueva hora americana henchida de futuro, a contramano de las realidades del presente, esté incubándose en nuestras casas de estudio, sintonizando a sabiendas, o no, con el ideal que forjara su identidad.



1. La tradición como fuente de inspiración

Toda región grande por su población y su geografía es intrínsecamente diversa y heterogénea y América Latina no es una excepción; quizás quepa afirmar que todas las culturas del mundo pueden encontrarse en cada una de sus regiones. Pero, como suele ser el caso también cierto bajo otros cielos, algunos procesos configuraron una personalidad propia. Uno de ellos es la tradición universitaria latinoamericana; una fundamentación sintética de tal afirmación ha sido ensayada en otra parte (Arocena y Sutz, 2017).

La originalidad de esa tradición radica sobre todo en la experiencia histórica del movimiento latinoamericano de la Reforma Universitaria. Hacia 1900, la región vivía una más o menos rápida incorporación periférica al orden económico mundial hegemonizado por el Oeste ya industrial. El acontecer político interno mostraba la dominación oligárquica como faceta mayor. Las instituciones de educación superior se inscribían bastante bien en esa dominación, preparaban un limitado contingente de profesionales, cultivaban ideologías por lo general favorables al orden dominante en lo interno y externo, y no prestaban mayor atención a la creación de conocimiento original.

Pero tales instituciones también albergaban los gérmenes de lo que llegaría a ser la respetable investigación científica latinoamericana e incluían intersticios donde se planteaban alternativas a las costumbres académicas prevalecientes. Estos fueron aprovechados sobre todo por grupos estudiantiles que, debido a la expansión todavía muy limitada, pero en algunas partes significativa de la

enseñanza media, ya no provenían solo de sectores oligárquicos. Los “intereses materiales e ideales” –que según Max Weber gobiernan el comportamiento de los seres humanos– impulsaban a esos grupos a luchar por ampliar el acceso a la educación universitaria y a las profesiones liberales, por incidir en la conducción de sus casas de estudio, por modernizarlas y vincularlas al cuestionamiento de la dominación oligárquica. Tales aspiraciones forjaron los postulados definitorios de la reforma universitaria, en los que se plasmó el ideal latinoamericano de universidad socialmente comprometida.

Fue seguramente coyuntural, pero quizás no casual, que el movimiento surgido en junio de 1918 se desencadenara en Córdoba, Argentina. A la ciudad la marcaba la presencia de una muy antigua universidad que no había dejado de ser colonial cuando Argentina vivía, tras la primera elección con voto universal en 1916, la llegada al gobierno de un movimiento antioligárquico. En ese contexto, un conflicto localizado escaló, los enfrentamientos se agudizaron y una muchachada audaz abrió un camino nuevo (Taborada, 2018). Como reguero de pólvora se extendió por la región la movilización estudiantil en torno a la plataforma de autonomía universitaria, ingreso libre, cogobierno con participación directa del estudiantado: extensión universitaria como clave del compromiso con los sectores más postergados de la sociedad.

La aspiración a democratizar la universidad para contribuir a transformar la sociedad marcó el rumbo de la Reforma. Ella se insertó en el cuadro de la gran mutación que vivía la región. El crecimiento hacia afuera –primario exportador, altamente subordinado al exterior y con un papel marginal del conocimiento avanzado– iba dejando paso, en un proceso que la crisis de la década de 1930 aceleraría, al crecimiento hacia adentro. Tomaría cuerpo una industrialización dirigida por el Estado (Bértola y Ocampo, 2013), acompañada en varios casos por una cierta ampliación de la

autonomía nacional y la activación notoria de la participación popular, así como por la expansión de las oportunidades ocupacionales para personas con formación secundaria o terciaria. En el curso de esa historia se multiplicaron las energías emocionales suscitadas por las esperanzas en el desarrollo y hasta en la transformación integral de la sociedad.

La ideología de la Reforma Universitaria llegó a tener singular gravitación en un sistema universitario continental más bien pequeño y comparativamente homogéneo, constituido sobre todo por algunas decenas de universidades públicas. A partir de las décadas finales del siglo pasado, el sistema de educación superior de la región creció y se diversificó, en gran medida por el incremento de la educación terciaria privada, que en varios países llegó a dar cuenta de una mayoría neta de la matrícula.

Paralelamente, el agotamiento del crecimiento hacia adentro, que la crisis de la deuda aceleró durante los años 80, disminuyó la de por sí pequeña demanda de conocimientos que las dinámicas de la economía dirigían hacia la investigación propia de la región. La privatización de numerosas empresas públicas, en general combinada con su extranjerización, y la conversión de varias empresas privadas en filiales de transnacionales, fueron motores de esa evolución. Paradójicamente, casi en simultáneo, se asistió al reclamo de que las universidades se vincularan más con el mercado, justo cuando en este había menos interés en ello. Por esa época, una destacada académica brasileña escribió un artículo sugerentemente titulado “Relaciones universidad-empresa: ¿cómo serían si fueran?” (Brisolla, 1998) Mucho tiempo antes el artículo pionero de Sábato y Botana (1968) había puesto de manifiesto la relevancia, para el desarrollo productivo, de las interacciones entre gobiernos, sector productivo y academia. Pero a fines del siglo XX, la reaparición de un tipo de crecimiento hacia afuera motorizado por el mercado y

la inversión extranjera, así como el auge de la ideología neoliberal, habían afianzado en materia de generación y uso del conocimiento la “soledad del actor universitario” (Arocena y Sutz, 2001), problema que en buena medida sigue planteado y requiere nuevas estrategias para ser afrontado.

Sin menoscabo de procesos como los anotados y otros, como el duro castigo que los gobiernos militares del Cono Sur impusieron durante los años 70 y tempranos 80 a varias universidades públicas por haber sido baluartes de la libertad espiritual, la ideología de la Reforma Universitaria mantuvo cierta vigencia. Así, la restauración de la institucionalidad republicana incluyó, en varios países del Cono Sur, el restablecimiento de la autonomía universitaria y el cogobierno. En Argentina durante esa etapa los principios reformistas se enriquecieron y ampliaron su respaldo:

El retorno a la democracia en los ochenta y los procesos de normalización universitaria conllevaron la plena vigencia de los principios de la Reforma de 1918 que junto con el ingreso irrestricto y la gratuidad de la enseñanza, conformarían un conjunto de valores y creencias de toda la comunidad universitaria y no tan solo de una parcialidad (Suasnábar, 2018, p. 28).

En ese país, la autonomía universitaria fue incorporada a la Constitución en 1994, lo cual “le otorga una singular relevancia al tema al ponerlo en la cúspide del sistema normativo” (Unzué, 2020, p. 66). En Brasil, una idea fundacional de la Reforma Universitaria llegó incluso a tener vigencia en la Constitución aprobada a la salida de la dictadura, pues encomienda a las universidades públicas el cultivo interconectado de la enseñanza, la investigación y la extensión universitaria.

Un dato clave para caracterizar el presente y pensar el futuro es que, en el conjunto de actores vinculados con la creación de conocimientos, en América Latina y el Caribe las universidades, sobre todo las públicas, tienen una primacía desconocida en el resto del mundo. Por ejemplo, se afirma que más de 90% de la producción científica brasileña tiene lugar en las universidades públicas (Ferreira y Cardoso, 2020).

Paralelamente, la ideología forjada a partir del movimiento de Córdoba ha venido orientando las contribuciones de las universidades latinoamericanas a las conferencias de educación superior. Por ejemplo, para la Conferencia Regional de Educación Superior (CRES) de 2008, la Asociación de Universidades Grupo Montevideo presentó un documento que incluye afirmaciones como las siguientes.

La próxima CRES tendrá lugar cuando se cumplan noventa años de los acontecimientos bautismales de la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba, que forjó los ideales definitorios de la universidad latinoamericana. Un desafío mayor para la educación superior de la región es el de recuperar la vocación de aquella Reforma Universitaria y resignificar sus valores que conservan plena vigencia. En 2008, ante la inmensa gravitación que ha adquirido el conocimiento, es todavía más importante que en 1918 reivindicar la importancia de las universidades públicas, responsablemente autónomas, democráticamente cogobernadas y socialmente comprometidas, tanto con la preservación de la identidad, la cultura y la unidad de la región como con la equidad y la mejora integral de las condiciones de vida de sus habitantes. [...] La educación superior será efectivamente un bien público social en la medida en que el acceso a ella no quede reservado a minorías, sino que se vaya generalizando de manera real y con mejora de la calidad. Concebir a la educación como derecho humano es uno

de los mayores avances éticos de la historia. Implica que, a medida que se expande el papel del conocimiento, el derecho a la educación debe garantizarse a un nivel más alto. Ya no es suficiente pues reivindicar la educación para todos a lo largo de toda la vida. El horizonte de referencia para la transformación educativa que debemos impulsar tiene que ser una meta claramente explicitada: *educación superior para todos a lo largo de toda la vida*.

Como recapitulación provisional cabe decir que, si bien el mundo, la región y su sistema de educación superior han cambiado mucho, la idea latinoamericana de universidad surgida de la Reforma de 1918 sigue teniendo potencial inspirador para un programa de transformaciones a la altura de los desafíos de los tiempos.

2.El conocimiento en las realidades del poder

Sin demeritar lo planteado en la sección precedente, cabe sostener que el ideal latinoamericano de universidad socialmente comprometida se va desdibujando en la realidad del siglo XXI.

La educación superior en América Latina y el Caribe ha conocido durante las últimas décadas un incremento cuantitativo notorio y una gran diversificación cualitativa. Así se ha generado, más que un sistema, un conjunto abigarrado y muy heterogéneo, con escasas pautas culturales compartidas. En ese marco, las instituciones educativas privadas, por cierto muy distintas entre sí, ocupan espacios amplios y crecientes. También las instituciones públicas se han multiplicado y variado en distintas direcciones. No parece sencillo precisar qué proporción del nutrido estudiantado terciario de la región asiste regularmente a establecimientos educativos donde el ideal universitario que nos ocupa sea objeto de alguna mención, pero es probable que no sea grande.

No se avanzará aquí en la corroboración empírica del desdibujamiento del ideal de universidad socialmente comprometida, que podría ser trabajosa pero que aparece como una realidad difícil de ignorar, por lo cual urge entender el fenómeno como condición necesaria para intentar revertirlo. Entre sus varias causas, la prioridad explicativa se atribuye aquí al papel central que ha llegado a tener el conocimiento avanzado en las dinámicas económicas y sociales contemporáneas signadas por el predominio apenas cuestionado del capitalismo (Milanović, 2019).

Una gran mutación

Cuando comenzaba la segunda mitad del siglo pasado, la realidad global podía caracterizarse muy esquemáticamente, pero con una cuota significativa de verdad aludiendo a tres mundos. El Primer Mundo tenía una base productiva centrada en la industria avanzada; sus relaciones sociales, sin mengua de la diversidad entre los países que lo componían, eran claramente capitalistas. El Segundo Mundo combinaba la industrialización acelerada con las relaciones sociales propias del socialismo de Estado. El extremadamente heterogéneo Tercer Mundo estaba constituido por el resto del mundo, vale decir, por los países y regiones cuya base productiva no la constituía la industria.

En las décadas siguientes, la llamada Revolución de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) aceleró la conversión del conocimiento científico y tecnológico de punta en el componente característico de la estructura productiva de los países capitalistas con mayor poder económico. En ellos, el tránsito de sociedades industriales a sociedades basadas en ese conocimiento se entretejió con un proceso signado en lo ideológico por el auge del neoliberalismo y en lo político por el debilitamiento del Estado de bienestar y sobre todo del poder de los trabajadores organizados.

En paralelo, el Segundo Mundo se veía atenazado entre, por un lado, el creciente potencial productivo y destructivo de su adversario en la Guerra Fría y, por otro lado, el bloqueo que sus relaciones sociales características suponían para la innovación técnico-productiva que la Revolución de las TIC llevó a una velocidad superior. Tamaño desafío prácticamente barrió del mapa al socialismo de Estado. Mientras, el Oeste se convertía en el Norte; vale decir, el Primer Mundo, con algunas incorporaciones, transitaba hacia la sociedad capitalista del conocimiento, como puede caracte-

rizarse sucintamente a la que hacia el año 2000 era la configuración de poder dominante a escala mundial y el motor principal de la globalización. Paralelamente, la mayor parte del antiguo Tercer Mundo, donde las diferencias internas seguían acentuándose y la industrialización se extendía por varias áreas, se convertía en el Sur global, la raíz de cuya condición periférica es que sus muy distintas economías se parecen en no tener como base principal al conocimiento avanzado.

El modelo dominante de universidad

Esa mutación global acentuó no solo el papel del conocimiento como factor de poder sino también su control por parte de los intereses privados dominantes. Ello es notorio en el mundo académico como lo muestra el peso del modelo de la “universidad empresarial” en las recomendaciones de cambio para la educación superior. En Estados Unidos, un jalón del avance en tal dirección lo constituyó la aprobación de la ley Bayh-Dole en 1980 que permitió a las universidades patentar los resultados de la investigación realizada con fondos públicos. Dicho modelo (Etzkowitz, 2004) se caracteriza por la combinación de tres funciones: enseñanza, investigación y “capitalización del conocimiento”. Es, pues, un modelo de universidad adecuado a la sociedad capitalista del conocimiento.

La universidad empresarial ha sido presentada en conexión con la noción de “Triple Hélice” conformada por el Estado, la producción y la universidad. Sus creadores (Etzkowitz y Leydesdorff, 1997) aparentemente no conocían la noción muy anterior de “Triángulo de Sábato” (Sábato y Botana, 1968); a posteriori argumentaron que la Triple Hélice indica una relación mucho más estrecha entre sus componentes. Cabe sugerir que esa estrecha relación se refleja

en las “puertas giratorias” que los altos funcionarios de cualquiera de esos tres sectores atraviesan con frecuencia para pasar a ocupar posiciones gravitantes en alguno de los otros; es así ante todo porque la expansión del capital es el objetivo común: en esa combinación de poder económico, poder político y poder cognitivo, es el primero el que lleva la batuta.

En los países centrales de hoy y los que aspiran a serlo por los caminos del capitalismo autoritario –China en primerísimo lugar– la universidad empresarial es parte de una apuesta a la expansión de un sistema de educación superior e investigación altamente estratificado que, además, ofrece pocas oportunidades de formación relevante a quienes no han logrado acceder a la enseñanza terciaria. Ello se constituye en un factor mayor de desigualdad.

Ahora bien, el predominio del modelo de la universidad empresarial no se limita a las regiones donde se adecua bien al papel que el conocimiento juega realmente en las relaciones de poder, económico ante todo. Versiones más o menos degradadas de tal modelo son impulsadas incluso fuera del Norte y hasta en regiones donde muy poco conocimiento avanzado se genera y usa.

Esa dinámica se inserta en la creciente mercantilización de la educación superior a escala global; una nueva generación en expansión de universidades privadas la considera un negocio y por consiguiente prioriza la ganancia; en general, el crecimiento del sistema educativo terciario va junto con la estratificación institucional y la exacerbación de las desigualdades dentro del sistema (McCowan, 2019, pp. 124, 169).

La afirmación de la universidad empresarial y, con alcance mucho más vasto, de la mercantilización de la educación superior arrinconan a los ideales de universidad socialmente comprometida, en el Sur como en el Norte; pero las consecuencias de tales dinámicas son muy distintas en uno y otro caso. En los países del

Norte, donde el conocimiento avanzado es cimiento fundamental de las relaciones capitalistas de producción, consolidan ese cimiento y consiguientemente el potencial productivo de esos países, así como el poder de sus élites. En los países del Sur, donde es en general débil la demanda solvente –vale decir, la que dispone de medios de pago– de conocimiento avanzado dirigida a entidades de investigación de los propios países, la mercantilización contribuye poco a ampliar la generación y uso de ese conocimiento, y así tiende más bien a mantener que a superar la debilidad productiva de los países involucrados.

La expansión de estrategias similares, con consecuencias muy distintas respecto al papel del conocimiento en contextos económicos distintos, refleja en buena medida la gravitación de motivaciones ideológicas similares. Milanović (2019) sostiene que la dominación en solitario del capitalismo incluye el predominio generalizado de la ideología del provecho individual. Pero, en el hipotético caso de que así fuera, no alcanzaría para explicar la adopción en el Sur global del modelo de la universidad empresarial, que a muy pocos aprovecha.

Este fenómeno con tonalidades miméticas subraya la importancia que tiene, en la persistencia de la condición periférica, la dependencia ideológica. Esta se ha agravado en casi todo el mundo desde la emergencia victoriosa de la sociedad capitalista del conocimiento. La misma fue de la mano con el agotamiento de la concepción latinoamericana clásica para el desarrollo, que no fue realmente sustituida por alternativas viables y deseables. Alternativas semejantes tienen que incluir estrategias para el conocimiento que tengan en cuenta las especificidades de las periferias. De lo contrario, las ideologías prevalecientes seguirán consolidando políticas poco propicias para mejorar las condiciones de vida en nuestros países. A la inversa, en la medida en que se capte cuán especialmente negativos para el Sur son el modelo dominante para el cambio de la

educación superior y la ideología de la mercantilización que lo respalda, la debilidad que padecemos en el terreno del conocimiento puede constituirse en una oportunidad para fortalecer opciones diferentes ligadas al compromiso social de las labores académicas.

Sobre el papel del Estado

Será muy difícil afrontar la subordinación económica e ideológica de América Latina sin una reorientación del accionar político predominante en la región que, sin mengua de sus grandes variaciones, no atiende debidamente al papel del conocimiento en las realidades del poder.

El gran viraje ideológico hacia el neoliberalismo, que enmarcó la emergencia de la sociedad capitalista del conocimiento y de la globalización que ella impulsó, justificó una redefinición a la baja del papel del Estado.

En rasgos muy generales, en el antiguo Primer Mundo lo anotado supuso la drástica disminución de la independencia relativa del sector público respecto a los intereses empresariales. En las naciones más afines a la socialdemocracia, esa independencia relativa había ubicado al Estado en un lugar arbitral entre capital y trabajo, que afianzó un amplio sistema de protección social. Tal sistema se ha visto erosionado en mayor o menor grado. Pero no se puede hablar de una retirada general del Estado. En lo que tiene que ver con el conocimiento avanzado, el sector público ha financiado masivamente la I+D de grandes empresas; varias de ellas, a partir de tal apoyo y del sistema de patentes, han obtenido grandes ganancias que poco aportan a la sociedad en su conjunto, por factores que incluyen

las rebajas impositivas y el recurso a paraísos fiscales. Tal fenómeno, bien conocido desde largo tiempo atrás por los estudiosos de la innovación técnico-productiva, ha sido divulgado a sectores más amplios en particular por la obra de Mazzucato (2013). Cabe hablar a este respecto de una socialización de la inversión y una privatización de las ganancias.

En América Latina, el agotamiento durante la crisis de los años 80 de la industrialización dirigida por el Estado hizo aún mayor en general la escasa atención gubernamental a la generación endógena de conocimientos. Pero sería simplificar en exceso atribuir la responsabilidad de ello solo al predominio de las políticas neoliberales. Así lo hacen destacados economistas de la innovación con posturas progresistas. Ahora bien, los hechos dicen que durante los años iniciales del siglo en curso, América Latina vivió un llamativo giro progresista. Lo que realmente convoca a refinar el análisis es que durante tal giro a escala gubernamental, si bien se prestó más atención a la educación, la investigación y la innovación, no hubo realmente un giro de similar envergadura en las políticas de conocimiento y en su papel en el desarrollo. La bonanza económica del periodo permitió en varios casos aumentar significativamente la dotación presupuestal de las universidades públicas, pero ello fue débilmente acompañado por políticas que colaboraran a orientar las capacidades de esas universidades hacia objetivos de desarrollo inclusivo y sustentable. Y, en ese vacío relativo de orientaciones generales, no fue fácil invertir las dinámicas internas que no siempre apuntan en esa dirección, particularmente en lo que hace a la investigación.

Acerca de las dinámicas internas de la vida académica

Las instituciones en general y las universidades en especial, no suelen impulsar su propia transformación. La Reforma Universitaria latinoamericana fue, en ese sentido como en varios otros, más bien una excepción que hoy encuentra ecos bastante escasos. La opción predominante en las universidades públicas –donde todavía pervive de alguna manera la tradición de la Reforma– apunta a celebrar sus logros de ayer y reivindicarlos frente a los discursos predominantes acerca del cambio en la educación superior, más que a impulsar transformaciones muy diferentes que revivan el espíritu de ayer en formas acordes a los tiempos tan distintos de hoy.

La autocrítica no es actitud fácil de cultivar. Pero la autocelebración merecería mayor cuestionamiento. Si esa tónica prima, será débil no solo la vocación reformadora, sino también la resistencia que se opone a procesos que van desvirtuando el compromiso público de las universidades, como el que se menciona a continuación.

Los criterios predominantes en la academia latinoamericana, incluso en las universidades públicas que ya se recordó son las grandes actoras de la investigación continental, recogen poco del ideal de compromiso social en las condiciones específicas de la periferia y reflejan mucho las orientaciones que moldean la generación de conocimientos en los países centrales; incluso en ellos los resultados de tales orientaciones son escasamente eficientes y bastante injustos.

Evitemos equívocos: no se está reivindicando nada ajeno a la excelencia de la investigación; sí se está cuestionando la manera de medirla y también el no prestar atención a otras dimensiones de la actividad creativa. Cada uno de nuestros países necesita investigación nacional, de nivel internacional, con vocación social. Pero los sistemas de evaluación predominantes no priorizan lo primero;

fomentan formas parciales y hasta contraproducentes de entender lo segundo y desatienden lo tercero.

La investigación, como toda actividad social, se ve influenciada por diversos factores que moldean su orientación y su alcance: los recursos que se le destinan, las demandas que se le plantean, así como los criterios con los que se valoran sus resultados y la actuación de quienes los obtienen. Esto último, la evaluación académica, constituye una poderosa herramienta de orientación de la investigación: lo que ella premia inducirá caminos a recorrer y lo que enlentezca su recorrido será dejado de lado. Hay abundante evidencia internacional acerca de los marcados sesgos temáticos inducidos, tanto en el Norte como en el Sur, por los sistemas de evaluación vigentes, centrados en la contabilidad de publicaciones en revistas reputadas de alto impacto (Wilsdon *et al.*, 2015; Hicks *et al.*, 2015; Arocena *et al.*, 2019).

A su vez, las asimetrías entre Norte y Sur en materia de espacios de publicación prestigiosos se traducen en preferencias temáticas que desestimulan trabajar en temas de importancia para el Sur. El frenesí cuantitativo refuerza esta tendencia, pues las interacciones imprescindibles con actores locales para que la investigación logre impacto social requieren diálogos, escuchas, construcción de confianza, todo lo cual alarga los tiempos de obtención de resultados. La evaluación académica es un tema crucial para las universidades pues es una de sus actividades medulares y constantes. Se suele insistir en la responsabilidad de evaluar para asegurar la más alta calidad, lo cual es indiscutiblemente correcto. No es tan común señalar, en cambio, el poder que las formas de evaluar tienen sobre la investigación que efectivamente se hace y, por tanto, sobre los resultados que se obtienen, así como no menos importante, sobre los que no se obtienen. En suma: es difícilmente evitable el desdibujamiento del

ideal de universidad socialmente comprometida cuando el sistema de incentivos –de retribuciones y penalizaciones– materiales e ideales que evalúa la actividad académica minimiza lo que ella puede aportar a la solidaridad y a la inclusión social.

Hay una preocupación creciente y de alcance global sobre esta cuestión que ha dado lugar a múltiples iniciativas, de las cuales DORA (Declaration of Research Assessment, 2012) es quizá la más extendida, con más de mil universidades de todo el mundo adhiriendo a sus principios. La transformación de los sistemas de evaluación para que la investigación nacional tenga a la vez nivel internacional y relevancia social no se puede hacer en solitario. Ninguna universidad del mundo puede proponérselo por sí misma porque justamente se trata de códigos comunes a un inmenso colectivo que habita en las universidades de investigación y que debería alcanzarlas a todas. En esa dirección, traduciendo su vocación social en términos de la investigación que llevan a cabo, las universidades públicas latinoamericanas tienen, a partir de su autonomía, una tarea en común de importancia mayor.

3. Transiciones deseables y transiciones probables

Las reivindicaciones definitorias de la Reforma Universitaria no han dejado de orientar esfuerzos significativos y aun cambios concretos. La democratización de la educación superior sigue impulsando movilizaciones diversas, incluso algunas tan notables como las de los estudiantes chilenos a comienzos de la década pasada. Ahora bien, el panorama esbozado en la sección precedente, si bien sucinto y muy parcial, sugiere una afirmación que, con relación al título de este texto, podría resumirse diciendo que, en la realidad del poder como se configura en las décadas iniciales del siglo XXI, el ideal latinoamericano de universidad corre el serio riesgo de conservar vigencia apenas testimonial.

Pero tal afirmación podría discutirse si se incluyen en el panorama los grandes desafíos que signan la época, entre los cuales tres merecen atención especial: la sustentabilidad ambiental rápidamente en baja, la desigualdad social y el autoritarismo político rápidamente en alza. Al respecto, cabe formular la conjetura de que, si en América Latina y el Caribe, se enfrentan decididamente tales desafíos, el ideal latinoamericano de universidad recobrará vigencia precisamente por lo que aportará a ese enfrentamiento. Recordemos algunos aspectos de lo que está en juego.

La tensión decisiva

El crecimiento económico global basado en el conocimiento y configurado por el capitalismo de las últimas décadas ha tenido grandes impactos en la biosfera, la estratificación y aun la fragmentación de las sociedades, los impulsos a la emigración y la reformulación de las rivalidades geopolíticas. Las formas que ha adoptado ese crecimiento económico han implicado que, junto a la mejoría relativa de las condiciones materiales de vida de mucha gente, se hayan agravado sensiblemente los dos mayores problemas que se le plantean a la humanidad (UNDP, 2019): la degradación ambiental que avanza rápidamente hacia la catástrofe climática y el sostenido incremento de la desigualdad en casi todas las regiones del mundo.

Los dos grandes desafíos se alimentan mutuamente: la degradación y la contaminación la padecen más los de abajo, los más desfavorecidos tienen menos herramientas para defender la sostenibilidad. Gobiernos, regiones, sectores sociales más pobres y con menos conocimientos tienen una gama más restringida de opciones productivas y de capacidades para enfrentar a actores contaminantes; hacia sus ámbitos de vida tienden a moverse las actividades de ese tipo: esos conjuntos humanos son los que ellas más perjudican.

Durante 2020, la crisis climática se acentuó, como lo indican la virulencia de la temporada de huracanes en el océano Atlántico o la oleada de incendios extraordinarios que arrasaron grandes extensiones en Australia, el Pantanal brasileño, Siberia y la costa oeste de Estados Unidos, mientras que se registraron ominosos signos de retroceso democrático (UNDP, 2020, pp. 3, 4).

Aun en China, la potencia ascendente que a diferencia de gran parte del mundo vio crecer su PBI durante 2020, las desigualdades de ingreso que aumentan y la degradación ambiental amenazan en

el mediano a largo plazo con disminuir el crecimiento económico y generar conflictos sociales considerables (Magnus, 2018, p. 66).

Para analizar cómo los problemas mayores se vinculan entre sí, con el papel mayor de conocimiento y con el tipo de crecimiento predominante, cabe tomar como punto de partida la que parece ser una tensión decisiva entre (las orientaciones prevalecientes de la) producción y (el alcance de la) protección ambiental.

La producción y el consumo de bienes y servicios que los cambios tecnológicos posibilitan se han expandido notoriamente y generado a la vez una no menos notoria degradación ambiental. En esa tensión, es el primer polo el que tiende a primar sobre el segundo, la expansión de la producción “como siempre” sobre la preocupación por proteger mejor el ambiente. Parte de la explicación de que así sea, es política: encarando reivindicaciones multiplicadas y buscando ampliar sus apoyos, los gobiernos por lo general promueven los tipos prevalecientes de crecimiento económico –para mejorar la ocupación, los ingresos e incluso la distribución– y descuidan las preocupaciones de tipo ecológico (Banerjee y Dufflo, 2019). En ello está en juego la legitimidad, la continuidad de los gobiernos, e incluso de los que poco tienen que ver con elecciones más o menos libres.

Surge de lo antedicho que la tensión considerada tiende más bien a privilegiar la continuidad de las formas predominantes de crecimiento económico. Ellas y las modalidades de generación y uso del conocimiento avanzado en que se basan causan una acelerada degradación ambiental, como es bien sabido a esta altura de los acontecimientos.

El conocimiento es, asimismo, factor de desigualdad. Esto también es bastante sabido, pero demasiado olvidado a menudo. Para fijar la atención, recurrimos a una expresión famosa en el ámbito de las políticas científicas; acuñada por Merton (1986) quien denominó

“efecto Mateo” al proceso por el cual los grupos científicos que ganan llamados concursables, aventajando incluso por poco a sus rivales, amplían rápidamente esas ventajas a partir de los fondos obtenidos, los resultados de investigación que ellos posibilitan y las reputaciones consiguientes.

El nombre alude a una frase del Evangelio según Mateo: "al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará hasta eso", que parece especialmente adecuada para describir lo que pasa con las personas, los grupos sociales y las regiones en materia de conocimiento: quienes más lo tienen, pueden beneficiarse usándolo, lo que va de la mano con aprender más y ampliar el propio acervo de conocimientos, mientras que los que menos lo tienen, disponen de escasas oportunidades de utilizarlo con lo cual incluso van perdiéndolo por desuso. Semejante efecto Mateo generalizado –que da una idea de porqué el conocimiento es lo que los economistas llaman un factor con rendimientos crecientes a su uso– caracteriza al mundo de hoy, donde la expansión de la gravitación social del conocimiento suele ir de la mano con el incremento de la desigualdad. La gente que no acceda a la educación avanzada tiene, en promedio, menos oportunidades que los otros de acceder a ocupaciones donde se aprende trabajando, y en conjunto son peores que las del resto sus posibilidades en materia de estabilidad laboral y condiciones de trabajo dignas.

Esas divisorias, vinculadas con las posibilidades mayores o menores de aprender, se registran a nivel mundial en su conjunto. Con esas divisorias se vincula un doble proceso de convergencia y divergencia de alcance global: por un lado, tienden a disminuir las diferencias vinculadas a las capacidades elementales, como las que ofrece la educación básica; por otro lado tienden a incrementarse las diferencias en materia de capacidades avanzadas (UNDP, 2019). Lo último constituye un indicador fundamental en nuestra época de

la desigualdad basada en el conocimiento. Esa dimensión, directamente conectada con la educación, resulta reforzada en la medida en que las agendas de investigación e innovación son orientadas primordialmente por minorías que tienen dinero para financiarlas e influencia para definir las políticas relacionadas.

Si las formas prevaletentes de generar y usar conocimiento se vinculan directamente con los dos desafíos mayores de la insustentabilidad y la desigualdad, esas formas no son ajenas a un tercer gran desafío que ya fue apuntado al glosar el Informe de Desarrollo Humano, 2020. En efecto, por el Norte y por el Sur se expanden formas de gobierno autoritarias, que a menudo combinan las prácticas de ese tipo con discursos fuertemente nacionalistas o simplemente chovinistas. Ejemplo notable de ello fue el gobierno de Trump; aún derrotado electoralmente sigue siendo el jefe carismático de un movimiento muy vasto, en cuya base social tienen amplio lugar sectores sociales postergados, con grandes problemas de empleo vinculados a su formación escasa, porque los empleos de ese tipo disminuyen en general y han venido siendo desplazados a los países periféricos. La globalización impulsada por la emergencia de la sociedad capitalista del conocimiento generó, en particular dentro del país donde se forjó esa sociedad, una gran desigualdad vinculada al conocimiento, lo cual alimentó una impactante reacción de derechas contra las élites globalizadoras.

Cabe temer que los tres desafíos destacados se vean agravados en el mundo de la pandemia. La gente más desfavorecida sufre, en promedio, más los efectos de la enfermedad, de la recesión económica y de otras dimensiones del deterioro generalizado en las condiciones de vida. Los contagios llevan a que los gobiernos en general amplíen sus medios técnicos y legales para vigilar y contralar a la gente. La caída de la producción redobla el imperativo del crecimiento económico, lo que impulsa a prestar menos atención a las regulaciones

sociales y ambientales. Los tres procesos anotados ejemplifican, respectivamente, las tendencias al reforzamiento de la desigualdad, el autoritarismo y la insustentabilidad.

Tales tendencias y sus conexiones con el conocimiento hacen especialmente sensible el debilitamiento del ideal latinoamericano de universidad. Pero quizás lleven a una reaparición inesperada de su vigencia, en condiciones y modalidades muy diferentes de las de ayer, pero hasta con un vigor transformador muy superior al de anteaer. A continuación, se empezará a explorar tales posibilidades.

Hacia una transformación de sociedad

Cabe provisionalmente denominar “escenario tendencial” al que se iría afirmando si los procesos mayores antes anotados siguen su curso actual. En tal hipótesis, la continuidad de las formas predominantes de producción y consumo acelerarían el deterioro ambiental y los perjuicios ligados a cambios climáticos. Los gobiernos tendrían escaso margen de acción política para cumplir con los compromisos internacionales como los que establece el Acuerdo de París de 2015, que han sido incluso considerado insuficientes. En este escenario no se lograría cumplirlos y menos profundizarlos. Las consecuencias –ejemplificadas ya por las olas de calor cada vez más grande, la mayor frecuencia de inundaciones y sequías, la multiplicación de eventos climáticos extremos, etc.– no tardarían en afectar significativamente al comportamiento de la economía en su conjunto. Podría llegarse en un momento no lejano a la inversión de un proceso clave que ha impulsado las formas predominantes de crecimiento económico y ha mantenido en funciones a gran parte de los regímenes políticos asociados a ellas: la realidad y sobre todo la expectativa de una ascendente prosperidad para mucha gente.

Ya hoy existen pruebas de que el crecimiento económico ha sido sistemáticamente perjudicado por el cambio climático, sin el cual puede calcularse que el PBI sería superior en la mayoría de los países; se estima en particular que en los países de bajos ingresos los perjuicios ligados a ese cambio han disminuido el PBI entre 17% y 31% (UNDP, 2020, p. 56).

En otras palabras: los niveles materiales de vida que en promedio se han incrementado desde la industrialización –sin desmedro de grandes disparidades y altibajos– comenzarían a disminuir sostenidamente más o menos en todos lados. Los afectados por daños ambientales y climáticos reclamarían cada vez más compensaciones que serían cada vez más difíciles de atender dada la decreciente disponibilidad de recursos por parte de los gobiernos. Esto tendría consecuencias crecientemente negativas en el terreno de las políticas sociales. Habría menos posibilidades de paliar los perjuicios multiplicados que una porción al alza de la población mundial iría experimentando. El escenario tendencial incluye así una fuerte tendencia al incremento de la desigualdad.

En tales condiciones los conflictos se harían más frecuentes, intensos, difíciles de resolver. Se iría extendiendo probablemente el fenómeno tan visible durante las últimas décadas en múltiples áreas del planeta: la adhesión a fundamentalismos diversos de grandes contingentes humanos carenciados. Conflictividad y fundamentalismo suelen derivar en autoritarismo. El escenario tendencial incluye también el agravamiento del deterioro de la democracia. Una forma ya visible y tremenda de ello es la combinación de fundamentalismo religioso, autoritarismo político y protagonismo militar que signa al Brasil en tiempos de Bolsonaro.

Dada la relevancia que, en el enfoque de este texto, tiene el conocimiento avanzado, corresponde subrayar que las tecnologías de la información y la comunicación han hecho posibles niveles de

vigilancia y control de las poblaciones por parte de sus gobiernos (Zuboff, 2018), que hasta hace muy poco solo aparecían en la ficción. El cambio tecnológico acelerado no genera de por sí regímenes autoritarios, pero puede blindarlos.

En los párrafos anteriores, se evocó cómo el agravamiento del desafío de la insustentabilidad podría hacer lo propio con el de la desigualdad y, a su vez, ambos podrían hacer más grave el desafío de la desdemocratización. Cabe notar que la secuencia inversa también luce viable. En contextos de autoritarismo es difícil que las dificultades y las protestas vinculadas a la disparidad de condiciones de vida sean adecuadamente atendidas; así, el incremento de la desigualdad, anticipado en el célebre texto de Piketty (2014), a partir del análisis de las dinámicas económicas, podría verse acentuado por las dinámicas políticas. Y, en un panorama caracterizado por las urgencias materiales inmediatas, la conflictividad, la desigualdad y el autoritarismo, no se puede ser muy optimista respecto al auge de las tecnologías y las instituciones que hacen falta para transitar hacia la sustentabilidad.

Resumiendo, el escenario tendencial –definido por el supuesto de que, en la tensión decisiva entre el crecimiento económico en sus formas hoy prevalecientes y la protección del ambiente, predomine la primera opción– llevaría a hundir sus propios fundamentos: se pasaría del crecimiento actual a un decrecimiento de rasgos catastróficos, enmarcado en un empeoramiento generalizado de las condiciones de vida. Sin ánimo de hacer juegos de palabras, pues la perspectiva aterra, el escenario tendencial tendería a destruirse a sí mismo. Lo haría impulsando mutaciones sociales de imprevisibles resultados concretos, pero de previsible envergadura tal que las condiciones generales de vida se vean profundamente alteradas y, con ellas, quizás también las configuraciones de poder prevalecientes.

Ese escenario distópico puede no llegar a concretarse. Pero aún versiones atenuadas y parciales implicarían transformaciones de envergadura. Y aún mayores serían las transformaciones si se lograra afrontar los desafíos considerados en formas que lleven a mejorar la vida de la gente en general. Parecería que en el Antropoceno (Moore, 2015; UNDP, 2020) las cosas pueden cambiar de maneras muy diversas, pero difícilmente mantenerse sin mayores cambios. En tal supuesto, dentro de una gran diversidad de escenarios posibles, podría configurarse una mutación comparable en su profundidad a la emergencia de las sociedades industriales.

Ciertos estudiosos, al considerar la problemática mayor de nuestra época, hablan de “transiciones profundas”. La primera fue, en su perspectiva, la transición de sociedades agrarias a sociedades basadas en la industria y en la ciencia, que generó un crecimiento económico sostenido y mejoras en varias dimensiones de la existencia, así como la falta de sustentabilidad y la ascendente desigualdad que están profundamente enraizadas en las dinámicas sociales contemporáneas, por lo cual una “segunda transición profunda” es necesaria para superarlas (Schot y Kanger, 2018; Kanger y Schot, 2019). Sin embargo, lo que luce más probable es una mutación de no menor entidad pero que más bien agrave esos y otros problemas.

Las transiciones más probables irán generando tales perjuicios que, en algún momento, grandes reacciones tomarán cuerpo. Será quizás posible que transformaciones mayores sean ensayadas o favorecidas en pro de transiciones deseables. Ellas requieren, ante todo, formas muy distintas a las actualmente prevalecientes para afrontar la tensión decisiva de la época entre el crecimiento económico, que demanda en particular tanta gente pobre, y la protección ambiental, sin cuyo fortalecimiento caminamos hacia la catástrofe. La problemática involucra los más diversos aspectos de la vida en sociedad,

desde los valores que reciben mayor atención, los estímulos a los que se recurre y las metas que se aceptan hasta las principales estrategias gubernamentales.

Afrontar con perspectivas de éxito la tensión decisiva pasa por cambios en las dinámicas económicas que vayan desplazando sus prioridades hacia la producción de bienes y servicios que atiendan a las demandas socialmente justificadas y a los problemas ambientalmente relevantes. Hace falta masificar la innovación técnico-productiva de carácter inclusivo y frugal, vale decir, la que combina la atención a las necesidades de la gente más desfavorecida con el menor y más sustentable uso de los recursos naturales. Hay que hacer mejor con menos. Condición no suficiente pero sí necesaria para ello es saber más. Requiere combinar una mayor generación y una muy distinta utilización de la ciencia y la tecnología con la expansión de las capacidades de los sectores postergados, sustentadas en la generalización de la educación avanzada conectada con el trabajo digno y creativo a lo largo de toda la vida activa. Esa combinación marca el rumbo de la democratización del conocimiento, componente imprescindible de transiciones viables y deseables.

4. En tiempos de pandemia

Se ha argumentado antes que los desafíos mayores que se plantean hoy en día a la humanidad hacen altamente probables cambios a la vez grandes e imprevisibles. Los múltiples efectos de la pandemia en curso, ya tremendos, tienden a acentuar la desigualdad y también quizás a profundizar la falta de sustentabilidad vista la urgencia del crecimiento económico que la recesión redoblará. Ese panorama que va oscureciéndose no dejará sin embargo de impulsar búsquedas y políticas alternativas. Múltiples son los indicios en esa dirección. Aquí se destacarán algunos pocos de los muchos que se registran en el mundo universitario de la región.

Experiencias de innovación basada en investigación avanzada en condiciones de escasez

La imperiosa necesidad de mejor innovación técnico-productiva con menores costos en materia de recursos naturales ha sido subrayada. La experiencia muestra que en distintos lugares del Sur, en relación a cuestiones variadas, se han desarrollado capacidades de innovación en condiciones de escasez (Srinivas y Sutz, 2008). A diferencia del Norte, donde frecuentemente los aspirantes a innovadores disponen de cierta abundancia de recursos, materiales y cognitivos, las penurias características del subdesarrollo han impulsado el cultivo de heurísticas diferentes: en síntesis, los datos de los problemas a

resolver innovando incluyen el requisito de que las soluciones han de ser comparativamente baratas. Lo realmente llamativo es que, muy a menudo, las soluciones construidas a partir de esas heurísticas signadas por la escasez tienen un nivel de eficiencia comparable a las elaboradas en condiciones de abundancia. Por consiguiente, pueden ser usadas en países pobres sin que ello suponga resignarse a usar productos y procesos de segunda categoría, lo que podría denominarse soluciones pobres para gente pobre.

Las innovaciones elaboradas en condiciones de escasez, en la medida en que usan comparativamente pocos recursos materiales, pueden ser consideradas ejemplos de innovación frugal. Ahora bien, esta última expresión suele vincularse con procedimientos nuevos que no hacen uso de ciencia y tecnología de punta. Los méritos y aun las ventajas eventuales de ese tipo de innovaciones no sabrían ser subestimados. Pero también vale la pena multiplicar el potencial de la innovación frugal usando toda la gama de conocimientos disponibles, en particular los que surgen de la investigación de punta; la urgencia de encontrar formas de prevenir y curar la covid lo hacen evidente.

Pues bien, precisamente esa problemática, desencadenada en el terreno de la salud, ha hecho aflorar en las universidades públicas latinoamericanas ciertos ejemplos de innovación en condiciones de escasez, que combinan potencial académico con la vocación de servicio público alimentada por el ideal latinoamericano de universidad. De los casos de los que tenemos noticias, mencionamos uno por ser el que conocemos mejor. Conjeturamos que se podrían multiplicar los ejemplos y, más aún, que en ellos se registrará un fenómeno mayor y auspicioso: el impacto considerable en la opinión ciudadana de ese accionar universitario. En tal contexto no sería imposible que a nivel político se incluya en las estrategias prioritarias

el respaldo a las capacidades de innovación frugal con alto contenido de investigación original.

En la Universidad de la República las expresiones de lo que podríamos llamar solidaridad cognitiva no son para nada nuevas; son muchos los ejemplos de respuestas a demandas puntuales de conocimiento dirigidas a resolver problemas que afectan a los más vulnerables. Varios de ellos, razonablemente, se encuentran en el área de la salud, pero no solamente, incluyendo cuestiones de vivienda, alimentación, prevención de desastres –inundaciones-, educación. A partir del año 2008, la política de investigación de la universidad incorporó un programa nuevo “Investigación e Innovación Orientadas a la Inclusión Social”, con el objetivo de colaborar, de forma sistemática, desde el conocimiento avanzado, con problemáticas graves de exclusión. Todas las áreas de conocimiento fueron convocadas para atender los más diversos tipos de barreras a la inclusión social; de todas ellas provinieron propuestas. La universidad trabajó intensamente para hacer visibles dichas barreras, pues muchas de ellas son evidentes, pero otras no son de fácil detección, exigiendo desarrollar estrategias de diálogo para identificarlas. La comunicación “hacia adentro” de las barreras detectadas conlleva otra etapa de trabajo: el involucramiento activo de la política de investigación universitaria en esta construcción de puentes es imprescindible si se busca que no sea solo el azar lo que vincule conocimiento y orientación solidaria.

La pandemia de covid-19 operó como una gigantesca demanda a las capacidades de investigación de la Universidad de la República. Primero vinieron, comprensiblemente, quienes trabajan en virología, con sus test de antígenos alternativos, quizá no nuevos en sí mismos, pero sí nuevos como combinación de enfoques antes no integrados. Ello se debió tanto a que los reactivos importados

necesarios para los test clásicos son muy caros, como a la sospecha que apareció en febrero de 2020 y que luego se probó correcta: que el acaparamiento por parte de los países más ricos dificultaría su importación.

Muchas otras avenidas de conocimiento vinieron después. Formas alternativas eficientes y mucho más baratas de esterilizar salas de hospital a partir de luz ultravioleta –método que llegó a ser solicitado por hospitales en EEUU que no podían pagar los precios de los sistemas convencionales–; hisopos para la toma de muestras que facilitaban la extracción y fueron producidos en grandes cantidades por cooperativas de mujeres costureras; diseño de tapabocas que evitan el empañamiento de lentes; relevamiento sistemático de formas de solidaridad social –típicamente ollas populares– para facilitar su organización y darles visibilidad. Las capacidades acumuladas de producción de conocimiento de alto nivel de la universidad fueron también utilizadas a nivel gubernamental. Una solicitud de apoyo explícito fue dirigida a un grupo de varias decenas de investigadores donde la Universidad de la República estaba ampliamente representada, en temas sanitarios y de modelística de la pandemia. A él se sumaron diferentes colectivos universitarios que siguen la evolución de los datos, la respuesta del sistema de salud, los demás impactos de la pandemia, sanitarios y de orden social y económico.

Estos trabajos tuvieron repercusión internacional. Cabe mencionar como ejemplo al joven virólogo que con su grupo de trabajo en la Facultad de Ciencias desarrolló los tests de antígenos alternativos: fue incluido entre las 10 personas más influyentes en ciencia en 2020 por la revista *Nature*. Investigación nacional, de nivel internacional, con vocación social.

¿Una nueva hora latinoamericana?

Para la Conferencia Regional de Educación Superior de 2018, la Unión de Universidades de América Latina y el Caribe elaboró un aporte del que están tomadas las siguientes afirmaciones.

La Reforma Universitaria de 1918, en una perspectiva contemporánea, constituyó una batalla cultural, con un sentido emancipatorio, que se inscribió en un momento de revolución social y fraternidad latinoamericana.

Hoy, la autonomía universitaria obedece a una concepción no defensiva sino afirmativa de derechos sociales, valores universitarios y prácticas democráticas de gestión y gobierno. La Reforma, como vocación, aspira a hacerse presente en su exogeneidad en una agenda social, donde los derechos a la educación impliquen cualidades de equidad que abarquen la educación, la afirmación de identidades, la igualdad de género, la interculturalidad y el más pleno respeto a la libertad y pluralidad. [...]

En esta nueva *hora latinoamericana*, la autonomía se inscribe en una preservación del derecho a la educación, a la igualdad, a los derechos humanos, a la libertad de pensamiento y a la descolonización de los valores y prácticas de apropiación del conocimiento. Defendemos una autonomía que implica a las universidades en su capacidad de gestión, gobierno y libertades, pero también en su compromiso y su naturaleza de instrumentos de equidad y justicia social.

Tal vez en un clima ideológico y político sacudido y convulsionado se abran oportunidades para que intereses materiales e ideales diferentes de los prevalecientes avancen en la academia, llevando a las universidades a darle nuevo vigor y nuevos contenidos a los viejos ideales. Para que así sea debe primar, en los términos de la

declaración de la UDUAL, una concepción no defensiva sino afirmativa de la autonomía universitaria. En ese sentido, la “autonomía conectada” de las universidades comprometidas con el desarrollo humano sustentable (Arocena, 2015) se distingue tanto de la autarquía internista como de la subordinación al exterior. La primera hace depender al accionar universitario de las cuotas de poder de los grupos que a su interior se mueven, y no lleva a prestar, en la organización de las labores académicas, demasiada atención a las cuestiones sociales prioritarias. La subordinación a poderes externos lesiona la libertad imprescindible para enseñar y crear, lleva a descuidar el largo plazo y no fomenta la capacidad de iniciativa de las universidades.

En variadas acciones impulsadas con rapidez por colectivos universitarios ante la irrupción de la pandemia, por lo general en colaboración con otros actores, se puso de manifiesto la combinación del alto nivel académico con la vocación de servicio a la sociedad, la vinculación con diversos sectores y el hábito –forjado por el gobierno autonómico– de no aguardar pasivamente instrucciones ante nuevos desafíos, sino de afrontarlos innovando.

Al respecto, la experiencia parece comprobar lo que la razón sugiere: ese tipo de comportamiento de los medios universitarios es el más fecundo para resolver la cuestión medular de la legitimidad ciudadana. En efecto, en sociedades periféricas como las nuestras, donde el conocimiento juega un papel más bien marginal en las dinámicas económicas, conseguir el respaldo material sostenido y considerable que es imprescindible para el avance de la investigación y la educación universitaria, pasa por demostrar en los hechos que así se contribuye sustantivamente a la calidad de vida colectiva. Sin demostraciones que incidan en las opiniones de mucha gente, los gobiernos no brindarán ese respaldo. En países

periféricos y democráticos, la expansión del conocimiento pasa por su democratización.

Una estrategia prioritaria

La democratización del conocimiento requiere la generalización de la educación avanzada combinada con el trabajo más creativo posible a lo largo de toda la vida activa. Para reiterar este planteo hay numerosas razones de las cuales a continuación evocamos algunas.

La primera tiene que ver con la desigualdad. Ya se recordó que, a nivel de la población mundial en su conjunto, se registran convergencias en materia de capacidades elementales y divergencias en lo que hace a las capacidades avanzadas. Son estas últimas las que tienen incidencia creciente en la disparidad de las condiciones de vida. Esto puede observarse en la diferente escala promedial relativa de remuneraciones según nivel educativo. La tabla 1 recoge datos de la OCDE (2018) sobre nivel salarial de acuerdo al mayor nivel educativo alcanzado, estando el valor comparativo en nivel 100 para la secundaria completa. Puede observarse la importancia de la formación de posgrado en general y el salto en las remuneraciones que se produce con el nivel de doctorado, en especial para los países de América Latina para los que se proveen datos.

Tabla 1.- Salarios promediales relativos según nivel educativo (base 100, enseñanza secundaria completa).

País	Terciaria	Universitaria	Máster	Doctorado
Dinamarca	127	110	130	161
Francia	156	148	175	200
Alemania	168	162	172	185
Corea del Sur	140	143	150	190
Holanda	143	132	145	167
España	155	147	171	184
Suecia	122	112	128	147
Reino Unido	140	136	145	162
Estados Unidos	176	170	193	232
Brasil	249	235	249	449
Costa Rica	204	203	223	353
Chile	238	263	286	470
México	163	158	165	295

Fuente: OCDE, 2018.

La segunda razón para plantear como estrategia prioritaria la generalización de la educación avanzada tiene que ver con la sustentabilidad. ¿Cómo se va a innovar más amplia y sostenidamente para producir mejores bienes y servicios con menores costos ambientales sin capacidades mayores y susceptibles de expandirse sistemáticamente? Una característica definitoria de la educación universitaria propiamente dicha es que tiene lugar en contextos de investigación, donde lo más importante que se aprende es a seguir aprendiendo siempre, utilizando conocimiento sofisticado de manera autónoma. Disponer de tales capacidades en los más diversos ámbitos de la sociedad será cada vez más necesario –si bien nunca suficiente– para mejorar y aun evitar que empeoren las condiciones de vida en lo social y ambiental.

Una tercera razón para insistir en esta estrategia tiene que ver con la problemática ocupacional cuando la desindustrialización desgarró el tejido social.

En el seno de las sociedades que han dejado de ser industriales, la cuestión social más dramática ya no es la de la explotación del proletariado, sino, para decirlo de manera extrema, la de la no explotación de los que son rechazados por el mercado de trabajo o apenas tolerados en sus márgenes, en un empleo precario, ilegal o clandestino (Wieviorka, 2011, p. 7).

El cambio tecnológico, particularmente en las direcciones que le fijan los intereses de las elites capitalistas, va eliminando o degradando las ocupaciones que solo requieren capacidades elementales. Para acceder a trabajos dignos será cada vez más necesario –pero, de nuevo, nunca suficiente– disponer de capacidades avanzadas, incluyendo la de renovarlas permanentemente.

Vale la pena mencionar un par de ejemplos de que se intenta caminar en la dirección antedicha. En México, una reforma de rango constitucional aprobada en 2019, apunta a generalizar el acceso gratuito a la educación a todos los niveles, incluso el superior, en el cual se plantea llevar la cobertura a 50% para 2024 (Buendía, 2020, pp. 44, 46). La legislación vigente en Uruguay incluye entre las finalidades de la educación la siguiente:

Promover la generalización de la enseñanza terciaria de calidad y conectada a lo largo de toda la vida activa con el trabajo, el ejercicio de la ciudadanía, el acceso a la cultura, la mejora en la calidad de vida colectiva y la realización personal de carácter integral.

La pandemia ya ha provocado un retroceso educativo cuya hondura y asimetrías se irán agravando en lo inmediato y dejarán huellas a largo plazo. Cabe temer que, en nombre de un supuesto realismo, prevalezcan políticas de reducción de daños, dejando los cambios para otra oportunidad. De ser así, en plazos relativamente cortos se habrán agudizado los grandes desafíos y disminuido las capacidades para afrontarlos. Un realismo más inteligente sugiere aprovechar la crisis para multiplicar las iniciativas y los esfuerzos en pro de la transformación democratizadora de la educación en su conjunto.

Las universidades en los diversos niveles del accionar social

La pandemia, agravando desafíos, pero también poniendo en evidencia capacidades de las universidades de la región, signa esta “nueva hora latinoamericana” que anunciaba ya en 2018 el documento antes citado de la UDUAL. La expresión alude a la famosa afirmación

del Manifiesto de Córdoba en 1918: “Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.” ¿Cómo sacar partido de las pequeñas oportunidades que iluminan débilmente, como estrellas aisladas, un cielo de oscuridades?

Las universidades propiamente dichas, que cultivan todos los terrenos del conocimiento y la cultura, son los principales espacios potenciales de conjugación de saberes. Las labores interdisciplinarias les resultan difíciles, pero no hay ámbitos que tengan posibilidades comparables. Nadie las sustituirá en la tarea de investigar de formas integrales los principales problemas de nuestro tiempo que, como suele pasar en la realidad, no vienen divididos por disciplinas. Cuando se apunta a priorizar algunas áreas de conocimiento, suele desembocarse en un doble atascamiento: uno surge de la oposición de las disciplinas no priorizadas, otro de la debilidad que supone prescindir de aportes relevantes. Cuando se trata de encarar por ejemplo la problemática de la covid-19 en forma integral, ¿podría no tenerse en cuenta los aportes de las tecnologías, las humanidades, todas las ciencias? Parece conveniente más bien constituir grupos genuinamente interdisciplinarios para abordar tal problemática, que nos seguirá afectando de una u otra manera por largo tiempo. Tales grupos harían contribuciones seguramente valiosas para la sociedad en su conjunto y, además, ofrecerían ciertos criterios concretos para enriquecer el accionar de las universidades.

Tal vez las dificultades de la época hagan que algunos Estados presten mayor atención a las contribuciones, actuales o potenciales, de las universidades. En cualquier caso, dadas las políticas prevalecientes, hay que imaginar formas para trabajar incluso contra ellas. Las universidades (o, más probablemente, ciertos actores en algunas universidades) seguramente contribuirán a forjar alternativas a

niveles micro, meso y macro para democratizar el conocimiento e innovar con características frugales e inclusivas.

A nivel micro, en particular en los intersticios de las relaciones de poder dominantes, una revitalización de las mejores tradiciones de la extensión universitaria latinoamericana, directamente combinada con la investigación, podría fomentar la colaboración de actores universitarios y no universitarios para resolver problemas colectivos, en procesos que impliquen aprendizajes mutuos y puedan eventualmente dar lugar a la consolidación de nichos innovadores con potencial de expansión.

Cabe imaginar que ciertas universidades forjen modalidades de colaboración a nivel meso, con, por ejemplo, algunos gobiernos regionales, otros organismos públicos, asociaciones de productores, movimientos sociales, etc., que lleguen a constituir alianzas para la sustentabilidad y la igualdad. Pueden tener alcance regional o temático. Ejemplo de lo primero pueden ser alianzas o confluencias semejantes que contribuyan a la democratización geográfica del acceso a la educación superior, expandiendo las oportunidades a regiones postergadas; la conjunción de inercias e intereses creados suele reservar el grueso de tales oportunidades a las áreas donde se concentran el poder y la riqueza.

Así lo destaca Schmelkes (2020, p. 75) refiriéndose a México. Esas alianzas de tipo meso pueden tener como eje la forja de programas específicos de investigación e innovación que generen conocimiento público directamente ligado a la inclusión social y/o a la sustentabilidad ambiental. Ejemplos no exclusivos pero relevantes conciernen al área de la salud, donde los problemas se multiplican y las potencialidades técnicas también, pero a menudo al servicio de ganancias privadas y de grandes asimetrías en los beneficios. Programas conjuntos como los que se están comentando pueden focalizarse en

renovar las formas de producir alimentos o generar energía, con costos ambientales a la baja y autosuficiencia local al alza.

Las universidades pueden construir alianzas a nivel macro para impulsar el funcionamiento sistémico e interactivo de los procesos de innovación a escala nacional o incluso de uniones de naciones, la incorporación a esos procesos de actores populares (cooperativas, sindicatos, asociaciones de pequeños productores, etc.), y la orientación de una parte significativa de las tareas hacia la inclusión y la sustentabilidad.

Las acciones a tres niveles como las anotadas antes pueden llegar a reforzarse mutuamente. Los gérmenes alternativos a nivel micro, si evidencian ciertos logros, pueden servir de ejemplo e incluso dar lugar a redes de colaboración a nivel meso. A la inversa, colaboraciones relativamente sólidas de universidades con otros actores pueden tener entre sus principales objetivos la protección de los nichos donde se ensayan innovaciones inclusivas y frugales. Cuando la dinámica política general sea favorable, si las políticas públicas impulsan tales innovaciones y protegen los aprendizajes relacionados, las estrategias a nivel macro multiplicarán el alcance de lo que se hace a los niveles micro y meso.



5. Recapitulación

Las realidades del poder en esta época no favorecen el compromiso social de las universidades. La crisis global desatada por la pandemia puede agravar los desafíos mayúsculos que confronta la humanidad. Pero también puede inducir alteraciones significativas en las estrategias gubernamentales. En cualquier caso, se van multiplicando las iniciativas de variada envergadura que apuntan hacia transformaciones solidarias. Entre ellas figuran varias que sintonizan con el ideal latinoamericano de universidad.

Medio siglo largo atrás, cuando en la región se creía en la inminencia de la transformación social, florecieron en nuestras universidades debates y propuestas para incorporarlas al proceso de cambios, en el entendido de que ello constituía un compromiso ineludible de los intelectuales (Suasnábar, 2013). Hoy las incertidumbres y el abanico de posibilidades son todavía mayores que entonces. Tal vez las urgencias agudicen la reflexión y renueven los compromisos para la acción en el mundo académico. Para mejorar la calidad material y espiritual de vida colectiva, nunca el conocimiento avanzado y las altas calificaciones fueron tan importantes; pero posiblemente pocas veces han estado tan controlados por las élites privilegiadas: en ese terreno es preciso trabajar con más denuedo y más inventiva.

Para caminar en esa dirección hace falta una reorientación profunda del trabajo universitario, particularmente en lo que hace a la creación de conocimientos. ¿Es viable? Difícilmente una universidad por sí sola modificará el sistema predominante de evaluación

académica de modo de impulsar mucho mejor que hoy la investigación con personalidad propia, nivel internacional y compromiso social. Pero quizás ello podría lograrse en medida significativa a partir de una amplia colaboración entre universidades de la región en diálogo con varias otras de distintas partes del mundo. Más en general, la experiencia y la vocación de trabajar codo a codo que evidencian tantas instituciones de educación superior de América Latina y el Caribe hacen viable la construcción de grandes programas conjuntos para afrontar los problemas centrales de la época.

La realidad contemporánea no autoriza mayores optimismos. Pero nunca hay que pecar contra la esperanza, como repetía Carlos Quijano, temprano impulsor de la Reforma Universitaria desde Uruguay. Aún si las relaciones de poder político dominantes y sus políticas públicas no respaldan las transiciones hacia la sustentabilidad con menos desigualdad, hay márgenes para actuar con ese propósito. Eso es lo que se procuró mostrar más arriba al comentar posibilidades a diversos niveles. Para aprovecharlas pueden colaborar ciertos sectores de algunas universidades, variados actores colectivos y fracciones del sector público. Si logran hacerlo con alguna continuidad, contribuirán a la construcción de soluciones, parciales pero concretas, de algunos problemas sociales y en paralelo irán construyendo redes transformadoras. En ellas irá conociendo nueva vida ese viejo ideal latinoamericano que ha inspirado estas líneas.

Referencias

- AROCENA, R. y Sutz, J. (2001). *La Universidad Latinoamericana del futuro. Tendencias –Escenarios –Alternativas*. México: Colección UDUAL.
- AROCENA, R. y Sutz, J. (2001). Changing Knowledge Production and Latin American Universities. *Research Policy* 30, 1221-1234.
- AROCENA, R. y Sutz, J. (2017). On the Latin American University Tradition en Shin, J.C. y Teixeira, P. (Eds.), *Encyclopedia of International Higher Education Systems and Institutions*, Springer Science+Business Media Dordrecht. http://link.springer.com/referenceworkentry/10.1007/978-94-017-9553-1_9-1
- AROCENA, R., Goransson, B y Sutz, J. (2019). Towards Making Research Evaluation More Compatible with Developmental Goals, *Science and Public Policy*, Vol. 46 (2), 210-218.
- AROCENA, R. (2015). La autonomía de la "UNIVERSIDAD para el desarrollo". *UNIVERSIDADES* 66, 7-18.
- BANERJEE, A. V. y Duflo, E. (2019). *Good Economics for Hard Times*. Public Affairs.

- BÉRTOLA, L. y Ocampo, J. A. (2013). *El desarrollo económico de América Latina desde la Independencia*. Fondo de Cultura Económica.
- BRISSELLA, S. (1998). Relação universidade-empresa: como sería si fosse. *INTERAÇÃO, Brasilia, IBICT*, 76-98.
- BUENDÍA ESPINOSA, A. (2020). Revisitar las políticas para la educación superior en México: ¿de su agotamiento a su transformación? *UNIVERSIDADES* 86, 35-52.
- DORA (2012). Declaration on Research Assessment, <https://sf-dora.org/read>
- ETZKOWITZ, H. (2004). The Evolution of the Entrepreneurial University. *International Journal of Technology and Globalization*, Vol. 1, No. 1. 64-77.
- ETZKOWITZ, H. and Leydesdorff, L. (Eds.). (1997). *Universities and the Global Knowledge Economy. A Triple Helix of University-Industry-Government Relations*. Londres: Pinter.
- FERREIRA DE OLIVEIRA, J. y Cardoso Amaral, N. (2020). La transición política en Brasil y su efecto en la educación brasileña. *UNIVERSIDADES* 85, 115-132.
- HICKS, D., Wouters, P., Waltman, L., de Rijcke, S., y Rafols, I. (2015). The Leiden Manifesto for Research Metrics. *Nature*, 520/7548: 429-431.

- KANGER, L. y Schot, J. (2019). Deep Transitions: Theorizing the Long-Term Patterns of Socio-Technical Change. *Environmental Innovation and Societal Transitions* 32, 7-21.
- MAGNUS, G. (2018). Red Flags. *Why Xi's China is in Jeopardy*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- MAZZUCATO, M. (2013). *The Entrepreneurial State: Debunking Public vs. Private Sector Myths*. Londres: Anthem Press.
- MCCOWAN, T. (2019). *Higher Education for and beyond the Sustainable Development*. Palgrave Macmillan.
- MERTON, R. (1968). The Matthew Effect Science. *Science*, Vol. 159, No. 3810, 56-63.
- MILANOVIĆ, B. (2019). *Capitalism Alone*. Harvard University Press.
- MOORE, J. W. (2015) *Capitalism in the Web of Life: Ecology and the Accumulation of Capital*. Londres: Verso.
- NATURE (2020) One Year. Ten Stories. 588 (7839), 24 December, <https://www.nature.com/nature/volumes/588/issues/7839>
- OCDE (2018) https://stats.oecd.org/Index.aspx?DataSetCode=EAG_EARNINGS
- PIKETTY, T. (2014). *Capital in the Twenty-First Century*. Belknap Press/Harvard University Press.

- SÁBATO, J., y Botana, N. (1968). La ciencia y la tecnología en el desarrollo futuro de América Latina. *Revista de la Integración* 3. [reproducido en Sábato (Ed.) (1975)].
- SÁBATO, J. (Ed.) (1975). *El pensamiento latinoamericano en la problemática ciencia-tecnología-desarrollo-dependencia*. Paidós.
- SCHMELKES, S. (2020). La educación superior ante la pandemia de la covid-19: el caso de México. *UNIVERSIDADES* 86, 73-87.
- SCHOT, J. Y KANGER, L. (2018). Deep Transitions: Emergence, Acceleration, Stabilization and Directionality. *Research Policy* 47 (6), 1045-1059.
- SRINIVAS, S. Y SUTZ, J. (2008). Developing Countries and Innovation. Searching for a New Analytical Approach. *Technology in Society* 30, 129-140.
- SUASNÁBAR, C. (2013). Tras las huellas de la idea de universidad latinoamericana: una mirada histórica de la relación entre intelectuales, compromiso político y reflexión universitaria en Servetto, Alicia y Saur, Daniel (comp.) *Los sentidos de la universidad*. Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.
- SUASNÁBAR, C. (2018). Las izquierdas y la Reforma de 1918: Ernesto Giudici y la propuesta de los comunistas de una Segunda Reforma Universitaria. *UNIVERSIDADES* 75, 19-29.
- TABORDA VARELA, J. C. (2018). *El corazón sobre sus ruinas. Crónica de una reforma que fue revolución*. Córdoba: Ediciones Recovecos.

UNDP (2019). *Human Development Report 2019. Beyond Income, Beyond Averages, Beyond Today: Inequalities in Human Development in the 21st century*. Nueva York: United Nations Development Programme

UNDP (2020). *Human Development Report 2020. The Next Frontier Human Development and the Anthropocene*. Nueva York: United Nations Development Programme.

UNZUÉ, M. (2020). La universidad argentina resiliente, ¿nuevos escenarios en el horizonte? *UNIVERSIDADES* 85,65-80.

WIEVIORKA, M. (2011): *Una sociología para el siglo XXI*. Barcelona: Editorial UOC.

WILSDON, J., et al. (2015). *The Metric Tide: Report of the Independent Review of the Role of Metrics in Research Assessment and Management*. DOI: 10.13140/RG.2.1.4929.1363 http://www.hefce.ac.uk/media/HEFCE,2014/Content/Pubs/Independentresearch/2015/The,Metric,Tide/2015_metrictideS2.pdf

ZUBOFF, S. (2018). *The Age of Surveillance Capitalism. The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. Nueva York: Public Affairs.

Este libro se subió a la plataforma web el 26 de julio de 2021.
En su composición se utilizó el tipo Horley Old Style.

